

se por lo mismo que lo había producido al ocurrir la muerte de Enrique VI, y que el asunto tomara el mismo giro que este había indicado en su testamento como el más adecuado para conciliar y favorecer los intereses de la Iglesia y del imperio. ¿No constituía este hecho una crítica acerba de la política de la curia, que había querido llevar las cosas por tan distinto camino? Este notable cambio fué una justificación brillante aunque tardía del profundo golpe de vista político y de la imparcialidad de Enrique VI.

En setiembre de 1211 reuniéronse en Nuremberg los partidarios de la contra-monarquía Staufen, así los del papa como los de Francia, figurando al frente de ellos el landgrave de Turingia, que tanto trabajó desde un principio, el rey Ottokar de Bohemia y los duques de Baviera y de Austria, los cuales acordaron proclamar emperador á Federico de Sicilia, á quien, siendo todavía niño, habían prestado juramento como á su futuro soberano. Enviáronsele secretamente embajadores que le invitaran á pasar á Alemania, donde pronto debía ser elegido solemnemente para ocupar el trono. Con esto se dió la señal de una nueva guerra civil, que estalló inmediatamente en Turingia y en las comarcas del Rin central, donde el landgrave y el arzobispo Sigifredo de Maguncia eran los representantes de la monarquía de los Staufen. ¿Qué debía hacer en vista de esto el emperador Oton? La continuación de la campaña de la Baja Italia en 1211 había correspondido á los favorables comienzos del año anterior: el continente estaba en su poder y ya se aprestaba á dirigirse á la isla de Sicilia, donde no era de esperar, dado el estado de cosas, una resistencia afortunada, tanto menos cuanto que el mismo Federico se preparaba ya para la huida. Así las cosas, llegó á noticia del emperador lo que á sus espaldas ocurría, es decir, la sublevación de Alemania, que llevaba consigo como inmediata consecuencia el levantamiento de sus enemigos en la Alta Italia. No había alternativa posible; era preciso que se dirigiera desde luego á Alemania para atajar inmediatamente la rebelión. La suerte le fué en aquella ocasión favorable porque la opinión pública se puso de su parte. El pueblo alemán había padecido demasiado durante la lucha civil de 1197 á 1208, para que no le produjera verdadera cólera y no despertara en él entusiasmo patriótico la idea de que sobre él iba á pesar de nuevo tal calamidad por causas ajenas á sus asuntos propios, es decir, por atender á intereses extranjeros, por beneficiar al altanero vecino francés y por restablecer el vacilante esplendor de la curia romana. Cansados estaban los alemanes de dejarse explotar y dirigir por los sacerdotes, y el buen sentido de los hombres del pueblo estaba harto de seguir los rodeados caminos de la política pontificia y no se sentía dispuesto á dejarse convencer de que lo que hasta entonces había encontrado Roma justo y laudable se había convertido de repente en injusto y digno de censura. En suma, los alemanes comprendieron que se había ejercido violencia en este asunto, que lo que era justo quería convertirse en injusto y que el bienestar de Alemania iba á ser sacrificado en aras de la codicia de italianos y de franceses. Walter de Vogelweide puso de relieve con valentía en sus canciones y sentencias estos buenos sentimientos y estos pensamientos justos del pueblo alemán, contribuyendo poderosamente á que se fomentara y robusteciera el movimiento patriótico-popular en favor del emperador Oton. Este movimiento le sirvió de valioso apoyo cuando llegó de las apartadas regiones del Sur. En las dietas que, en la primavera de 1212, celebró primero en Francfort y luego en Nuremberg, la mayoría de los príncipes respondió á su llamamiento, aprobó sus planes y se puso á su disposición para imponer el condigno castigo á Hermann de Turingia, que era el principal agitador del partido pontificio-stau-

fen. Oton, lleno de confianza, se puso en campaña contra este. Encarnizada lucha se trabó junto á los muros de la fuerte Weissensee: la rendición de esta fortaleza bien pertrechada debía quebrantar el poder del de Turingia, y en la segura esperanza de tal triunfo, Oton se burló de la noticia de que el joven rey de Sicilia se había puesto en camino con ánimo de presentarse en breve en Alemania, donde, entretanto, los mismos que le habían llamado habían reconocido de nuevo á Oton como jefe del imperio.

Así las cosas, ocurrió un cambio repentino: el día 11 de agosto, es decir, cuando Oton esperaba la rendición de Weissensee, falleció la joven emperatriz Beatriz, á quien, á su regreso de Italia, el emperador había llevado consigo para robustecer por esta parte su situación. Con esta muerte perdió Oton el título de derecho que mas valor había tenido hasta entonces á los ojos de los fanáticos partidarios de la dinastía Staufen. Los suabos especialmente, que siempre se habían opuesto á los Welfos y que solo por su adhesión á la heredera de su dinastía ducal se habían sometido al esposo de Beatriz, se creyeron entonces relevados de toda obligación, tanto mas cuanto que el verdadero heredero del nombre Staufen se había puesto ya en camino para hacer valer sus derechos. La coincidencia de estas dos circunstancias decidió la suerte de Oton: en efecto, á ellas siguió una deserción general y por un capricho de la fortuna el emperador, que pocos meses antes había estado á punto de arrebatar al joven Staufen su reino de Sicilia, se vió obligado á luchar para defender su propia corona, que comenzaba á vacilar sobre sus sienes. Las mas atrevidas esperanzas de Inocencio III quedaban superadas por los sucesos que se realizaban en Alemania.

En marzo de 1212 salió Federico de Sicilia y reconoció en Roma, por medio de un documento auténtico, la dependencia feudal de su reino hereditario respecto de la Sede romana, acallando de esta suerte todos los temores que para el porvenir pudiera haber abrigado Inocencio III. Hecho esto, atravesó á Génova y la Lombardía, y pasando no sin grandes peligros los Alpes, bajó por fin desde Splügen al valle del Rin. En este valle y en Suabia despertáronse muy pronto las antiguas simpatías hacia los Staufen, y en 5 de diciembre de 1212 fué Federico elegido rey en Aquisgran, siendo coronado el día 9 en Maguncia. Todo el centro y el Sur de Alemania estaba en su poder. A pesar de esto, Oton IV, en su funesto desconocimiento de la situación, persistía en su manía de no querer reconocer en él su principal enemigo y de creer que la sublevación Staufen no era mas que una operación de sus enemigos que para favorecer al rey de Francia querían impedir que le llegaran los auxilios de su tío, el rey Juan de Inglaterra. Este error de Oton explica que se enredara en un ataque, convenido con el monarca inglés, contra Felipe II de Francia para dificultar á este el camino de la Flandes y de las comarcas fronterizas de la Baja Lorena. La derrota que con su aliado inglés sufrió en 27 de julio de 1214, en Bouvines, no solo restableció en aquellas comarcas la preponderancia francesa sino que hizo insostenible la situación de Oton en Alemania, sobre todo cuando su adversario no reparaba en los medios con tal de llegar al logro de su fin. Ya en 12 de junio de 1213, Federico, olvidando todas las tradiciones de su familia, había cedido á la Iglesia, en una dieta que celebró en Eger y por medio de documento autorizado por su sello de oro, todas las posesiones que la curia venía pretendiendo desde la muerte de Enrique VI, á saber: la herencia de la condesa Matilde, Spoletto y Ancona, el exarcado de Rávena, la Pentápolis y las tres islas italianas, obligándose además expresamente á proteger á la Iglesia en todos estos dominios por cuantos medios estuvie-

ran en su mano, y á reproducir esta cesión y este compromiso cuando fuera coronado emperador. La Iglesia se veía, pues, pródigamente recompensada y el Staufen inauguraba su reinado con una infeliz cesión de todo cuanto su rival había adquirido luchando. Poco significaba al lado de esto que reprodujera las concesiones de Oton respecto de las elecciones eclesiásticas y de los espolios. Despues, cuando en el curso de la lucha contra Oton, procuró que de este se separara el rey de Dinamarca, Waldemaro, no reparó en darle, como precio de su alianza, la Nordalbingia, que en otro tiempo Enrique el Leon había conquistado para Alemania. ¿Podía nadie alegrarse de semejante victoria? Pero todos los cuidados y temores que tales sucesos debían producir fueron sofocados ante la impresion causada por la fortuna admirable de Federico, que le hizo salvar todos los peligros y le condujo al trono que en su niñez le había sido destinado y que despues parecia haber perdido. Extraordinario júbilo reinó cuando, en 25 de julio de 1215, fué sentado en el trono de Carlomagno, en Aquisgran, y coronado segunda vez en el verdadero sitio donde la coronación debía hacerse. Para demostrar su agradecimiento á Dios por la concesión de tal gracia, prometió emprender una cruzada. Colonia, que hasta entonces le había opuesto resistencia, le abrió tambien sus puertas.

La victoria de Federico fué, al propio tiempo, un triunfo para la Iglesia. Esta, que había ejercido en realidad el derecho de nombrar y destituir reyes que pretendía tener Inocencio III, no dejó de amonestar al mundo acerca de las enseñanzas que de los últimos sucesos se desprendían. ¿Quién podía, despues de este juicio de Dios, oponerse al representante de Jesucristo? El cambio de fortuna experimentado por Oton IV, que de glorioso emperador se había convertido en oprimido pretendiente, dejaba muy atrás los sucesos que el mundo había visto con sorpresa desarrollarse en Inglaterra, donde el altanero rey Juan se había visto obligado á recibir de manos del papa como feudo su reino á cambio de duros servicios y onerosos tributos. La Iglesia había llegado á ser realmente la potencia dominante, y el esplendor en que se hallaba envuelto el pontificado oscurecía por completo el brillo de la corona imperial. La dirección de la lucha entre el Occidente cristiano y los infieles, que Federico I había arrebatado á la Iglesia, volvió á estar en manos del pontificado. La cruzada flamenco-francesa del año 1204 había acabado con el imperio griego y dado el golpe de muerte á la Iglesia griega, de tal manera que la completa sumisión de esta á la romana era solo cuestión de tiempo. Las misiones, que hasta entonces habían sido un gran trabajo de cultura nacional y como tal habían representado la causa de la nación alemana y de la beneficiosa cooperación de los príncipes y de la Iglesia alemana, perdieron este carácter y se confundieron con los esfuerzos que por obtener la soberanía hacia la Iglesia. Mientras Cristian de Oliva comenzaba á conquistar en Prusia una nueva provincia eclesiástica para Roma, tomaba carácter de tal la apartada Livonia bajo la dominación de Alberto de Appelden, á quien Inocencio había nombrado arzobispo de Riga, y de los caballeros de la orden de la Espada.

A esta ampliación de la esfera de poder pontificio correspondieron el fortalecimiento interior de la Iglesia y el robustecimiento de todas sus funciones vitales, que se manifestaron de un modo especial en el gran incremento que tomaron las órdenes religiosas, que proporcionaron al pontificado no solo nuevos defensores sino tambien un ejército siempre dispuesto á la lucha. Entonces nacieron las órdenes de franciscanos y dominicos. Las grandes conmociones que habían agitado al mundo, y ante cuyo recuerdo muchos temblaban todavía, hicieron que muchos círculos simpati-

zaran con la piedad bondadosa, conciliadora y consoladora de Francisco de Asís. Millares de personas vistieron el oscuro sayal de aquel santo, y millares de millares se adhirieron á las comunidades piadosas, aunque no organizadas bajo severas reglas, que apoyadas por los franciscanos procuraron vivir la vida apostólica segun los preceptos expuestos por Jesucristo en el sermón del monte. De aquí, sin embargo, surgió el creciente antagonismo entre los franciscanos y los sostenedores de las tendencias que entonces imperaban en la Iglesia. Las órdenes religiosas se mostraron cada día mas contrarias á que el pontificado se adornara con las insignias de la soberanía universal, pues siendo como era el ideal de Francisco de Asís convertir el mundo en un hermoso jardín, en el cual los hombres sin necesidades é imitando á Jesucristo hicieran una vida paradisíaca, era natural que creyera imposible que la Iglesia de Inocencio III, tan ocupada en cosas mundanas, realizara lo que él consideraba que los monjes debían amar y amaban mas, lo que era la misión verdadera de la Iglesia. Es verdad que tambien este aspecto del pontificado tuvo, en formas enteramente análogas, su representación en las órdenes. Como la dominación universal del papa tenía sus últimas raíces en el predominio incondicional de la doctrina pontificia, de tal suerte que cualquiera desviación de tal doctrina debía conducir á rechazar la idolatría del pontificado que de ella se derivaba, era preciso ante todo velar por la pureza de la fe y extirpar todo desvío de la norma trazada por el papa infalible. Tal fué la misión que el español Domingo de Guzman impuso á sus discípulos; á ella se consagró con preferencia la orden de los dominicos, siguiendo el ejemplo de su maestro, que había comenzado su carrera como defensor de las creencias ortodoxas entre los herejes del Sur de Francia. Los dominicos, que renunciaban á los bienes terrenales como los franciscanos, oponían á la vida contemplativa de estos una vida de agitación, de actividad, de lucha, de persecución contra los sospechosos de herejía, y cifraban su orgullo en ser «perros del pastor,» encargados de mantener unidos en la disciplina y en la obediencia á los rebaños de creyentes. Como principales representantes de la Inquisición, ejercieron en la Iglesia y sobre la Iglesia un poder terrible, debiéndose en gran parte á estos servidores y defensores fanáticos el odio que en tiempos posteriores llegó la Inquisición á inspirar. El hecho de que tal orden fuese necesaria demuestra que en el seno de la Iglesia, á pesar de todo su poderío exterior, existía una fuerte oposición, y que muchos, sin separarse públicamente de ella, seguían derroteros propios y procuraban alcanzar por sí mismos la satisfacción que las doctrinas y el culto de la Iglesia no les proporcionaban. Este movimiento se inició entonces en las mas florecientes comarcas del Sur de Francia y desde allí se desarrolló propagándose hacia el Norte; de forma que en la parte mas activa de estas comarcas, bajo el punto de vista espiritual, la mayoría se separó de la Iglesia organizándose en Iglesia herética bajo las doctrinas de los albigenses y de los valdenses, Iglesia que, á pesar de sus divisiones interiores estaba unida en su comun oposición á Roma. Sus adeptos, objeto de una persecución acompañada de todos los horrores imaginables, mostraron un valor heroico que produjo una impresion profunda y naturalmente poco favorable á la Santa Sede. A pesar de la sangre derramada, con que se pensó ahogar la herejía, no quedó extirpada sino que, haciendo perder su pista á los perros de los pastores, abrió el camino para ser importada en otros territorios y conservó fuerzas para conquistar nuevos partidarios.

La Iglesia, como representante de la soberanía universal, estaba entonces organizada del modo siguiente: un monarca



absoluto poseedor de la infalibilidad, á pesar de no haber sido esta declarada dogma, el cual como representante de Dios exigía obediencia ciega á sus mandatos y se creía autorizado para condenar en esta y en la otra vida, moral y materialmente, á los que le oponían resistencia, como rebeldes que eran á la voluntad divina: tal era Inocencio III, que se encontraba al frente del gobierno universal jerárquico con sus franciscanos y dominicos, semejantes á un ejército amenazador, y en posesión de un poder de que nunca había dispuesto mortal alguno. Los príncipes laicos se inclinaban humildemente delante de su trono y ponían en sus manos la suerte de sus Estados; la victoria conseguida sobre Juan de Inglaterra, que se atrevió á luchar contra este nuevo orden de cosas, y el destronamiento de su aliado el emperador Oton, que había intentado emanciparse de la autoridad de la Iglesia después de haberla soportado hasta entonces, confirmaron á los ojos de los sorprendidos contemporáneos



Sello del siglo XIII.

El arzobispo de Arles, como señor, toma el juramento de fidelidad y homenaje de un caballero, Raimundo de Mont-Dragon. (Archivo nacional de París.)

la justicia de las pretensiones formuladas por Inocencio III y fueron consideradas como sentencia divina que á todos debía imponer humilde obediencia. Pero cuanto más consecuente se mostraba el sistema pontificio, tanto más se unían los amenazados para oponerle enérgica resistencia; por lo cual Inocencio III, en la primavera de 1213, decidió convocar un concilio general, considerando indispensable el robustecimiento que podía proporcionarle la aprobación solemne que toda la Iglesia diera á su política. Sin embargo, la resistencia que había surgido contra su sistema en el seno de la Iglesia, y de la cual pensaba triunfar de un solo golpe, apareció en el mismo concilio y precisamente en la cuestión política más importante de cuantas en aquel tiempo se agitaban.

En noviembre de 1215, reunió el concilio general en Letrán, siendo tan concurrido, que bien pudo afirmarse que allí estaba toda la representación de la Iglesia. A él asistieron setenta patriarcas y arzobispos, entre los cuales figuraban en primer término los de Jerusalén y Constantinopla, cuatrocientos obispos y doble número de abades y priores. También acudieron embajadores de Alemania, Francia, Inglaterra, Aragón, Castilla, Hungría, Chipre y Jerusalén, y otros plenipotenciarios de príncipes y ciudades. Las cuestiones que el papa al convocar el concilio había señalado

como objeto principal de las discusiones, tales como la reforma de la Iglesia y los cuidados que para lo porvenir debían inspirar los Santos Lugares, fueron sin dificultad resueltas conforme á los deseos de Inocencio; pero en cambio los asuntos en que los intereses de la curia se rozaban con los del Estado dieron lugar á serias controversias entre el pontífice y una parte del concilio, que combatió, según parece, enérgicamente el sistema con el cual el papa había gobernado hasta entonces la Iglesia. En efecto, cuando se habló de la guerra de sucesión alemana, no solo las ciudades lombardas adictas á Oton IV, á cuyo frente figuraba Milan, se mostraron descontentas de la política pontificia, sino que en el seno mismo del concilio el welfo encontró ardientes defensores, y no faltaron algunos que manifestaron el temor de que con la victoria del Staufen, apoyado por el papa, se reprodujeran los peligros que habían amenazado á la Iglesia en tiempo de Enrique VI. Según parece, llegó á exigirse de Inocencio III que dejara de prestar su apoyo al rey de Sicilia y amparase á Oton IV ayudándole, con los poderosos recursos de la Iglesia, á fortalecer su vacilante trono. La autoridad pontificia, sin embargo, consiguió, ignoramos de qué manera, reducir á silencio á esta oposición, de tal suerte que en la última sesión el concilio aprobó la conducta por Inocencio III seguida contra Oton y entonces pudo ser notificada al mundo con mayor autoridad la sentencia en que el pontífice excomulgaba y destituía al emperador. Esto, como era natural, causó profunda impresión y contribuyó poderosamente á acelerar la victoria de Federico II y á desvanecer toda esperanza de éxito que pudiera abrigar el partido welfo.

¡Cómo habían cambiado los tiempos! Pocas décadas hacia que el emperador Federico I, apoyándose en los ejemplos de Constantino, Justiniano y Carlomagno, había hecho comparecer delante de su trono á los papas rivales para oír de sus labios su derecho y su justicia, y á la sazón el papa, apoyado por el concilio general, quitaba el imperio y la corona á un sucesor de los emperadores romanos que había profesado siempre los mismos principios de estos. Al propio tiempo el papa auxiliaba á su vasallo el rey de Inglaterra, que estaba en lucha con sus barones, y le relevaba del juramento que había prestado á la Magna Carta, documento que trazaba ciertas limitaciones á su caprichoso despotismo. Así Inocencio III, mandando sobre pueblos y príncipes, relevándoles ó recordándoles sus juramentos según convenía á las ventajas de su accidentada situación, era el representante de una dominación universal en que se unían las autoridades supremas eclesiástica y laica, siendo papa y rey á la vez y pudiendo jactarse de haber realizado los ideales de Gregorio VII.

Sin embargo, ya comenzaban entonces á presentarse los signos precursores de una reacción.

## CAPITULO II

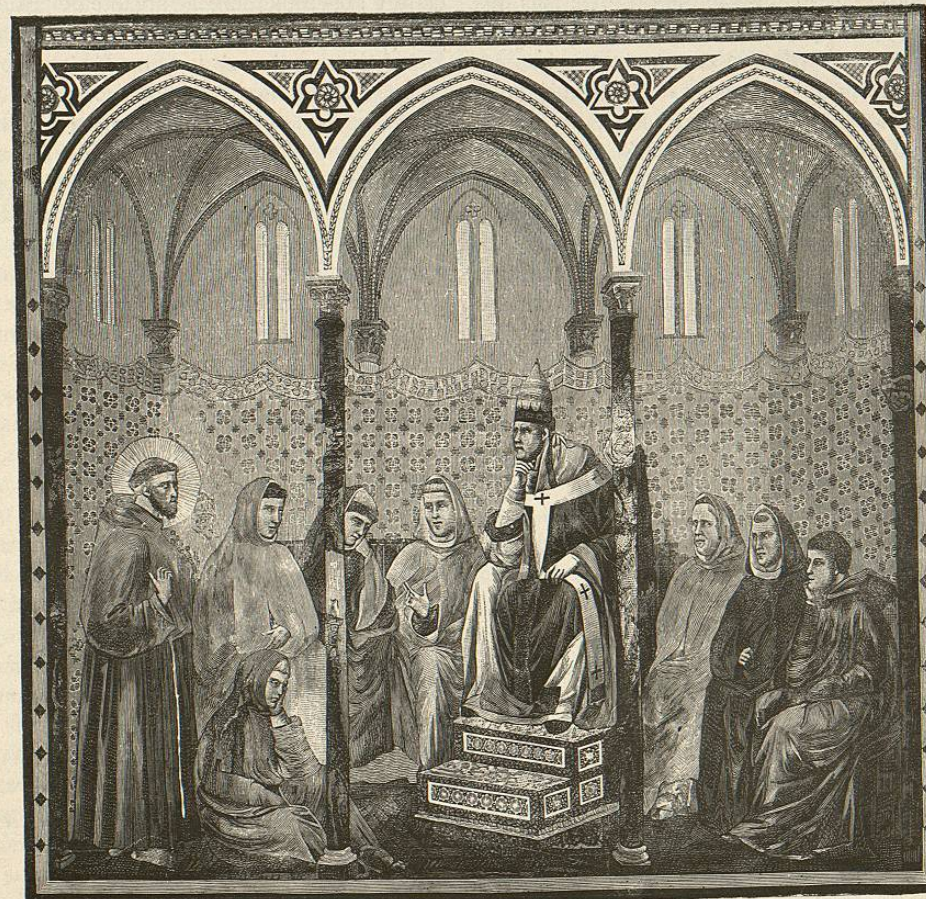
### EL EMPERADOR FEDERICO II

(1215 - 1235)

El apenas adolescente monarca que ceñía la corona alemana había sido educado en una escuela que dejó indelebles huellas en su carácter. Federico II casi no había conocido á su padre; las primeras impresiones que recibió fueron la lucha entre alemanes y sicilianos, la expulsión de los primeros y la apasionada agitación nacional de los últimos. Cuando solo contaba cuatro años había visto bajar al sepulcro á su madre; y en desconsolador aislamiento, sin un pariente que se hiciera cargo de él y procurara llenar el vacío que en el corazón de aquel niño había dejado la pérdida de

sus padres, se había encontrado rodeado de personas divididas por antagonismos políticos y por intrigas personales. Colocado en medio de apasionadas luchas de partido, vióse solicitado, según los cambios de la fortuna, ora por una ora por otra parcialidad que quería cubrir con su real nombre la ambición y la codicia, los caprichos y el despotismo de los gobernantes. De esta suerte había tenido que sufrir á Markwardo de Anweiler, á Capparone, que le tuvo largo tiempo como prisionero, y á Diepoldo de Acerra, y había visto que el pontificado, cuyo representante era su tutor desde la muerte de su madre, no podía como regente del

reino poner término á los odios de las facciones y á las atrocidades de los ambiciosos magnates, ni hacer respetar los derechos que le correspondían. ¿Qué enseñanzas había de sacar de estos sucesos y de estas circunstancias aquel inteligente niño? Por de pronto, la idea de la conveniencia de que los hombres no penetraran sus pensamientos y por tanto la de ocultar sus verdaderos deseos y propósitos. De esta idea dedujo también que no había que confiar en los hombres; que los actos de todos ellos eran producto de interesados cálculos, y que solo debía atenderse al provecho propio y procurarse que los demás contribuyeran á él aun contra



Francisco de Asís predicando delante de Honorio III.—Fresco de Giotto de Bondone (1276-1336), en la iglesia de Asís

su voluntad. Si después Federico mostró ser un maestro consumado en el arte maquiavélico del disimulo y en el de disfrazar los fines que se proponía conseguir, aprovechando para ello, con falsos pretextos, las fuerzas de los demás, débese á las circunstancias en que se educó y que en su edad primera le obligaron á pensar y á proceder en política. Dotado de una inteligencia friamente calculadora, que juzgaba á los hombres y á las cosas por la utilidad que le reportaban, difícilmente accesible á todo impulso del corazón que hubiera podido constituir un obstáculo para la práctica de esta política de craso egoísmo, estaba constantemente dispuesto á salir de las dificultades en que se encontraba por medio de concesiones momentáneas, que al mejorar las circunstancias derogaba y tenía por nulas. Es muy probable que además de estar aleccionado por los acontecimientos de Sicilia se inspirase, bajo este punto de vista, en el ejemplo de aquel hombre de Estado siciliano (1), Gualtero de Palear, arzo-

(1) Winkelmänn: *Anuario del imperio alemán en tiempo de Oton IV*, página 84.

bispo de Troya y por largos años canciller del reino de Sicilia, el cual había estado siempre al lado del joven rey, porque no se dejaba arrollar por los cambios de situación política y sabía siempre reconquistar su plaza haciéndose indispensable á todos los gobiernos. Esto, sin embargo, no impidió que Federico, en cuanto llegó á la mayor edad y se sintió seguro en el poder, se deshiciera tan pronto como pudo de su canciller. Cuanto menos se despertaban en el corazón del joven rey los sentimientos y las afecciones, tanto más independiente, complejo y rico era el desarrollo de su precoz inteligencia, impulsada de seguro por los elementos que le rodeaban, en los cuales se daban la mano el Oriente y el Occidente y se unían las civilizaciones cristiana, árabe y bizantina formando un conjunto espléndido y rico en colores. La catedral y el palacio construidos por sus antepasados normandos, el lujo de las residencias de recreo rodeadas de jardines, la afición semi-oriental á los placeres sensuales, que caracterizaba hacia muchas generaciones á los que las habitaban, tuvieron para aquel joven, dotado de gran viveza y de ardiente sangre, irresistibles atractivos, á los cuales nun-